

EL MUSEO CERRALBO Y SU TESORO ARTISTICO



NO hay país que cuente, como España, con más aportaciones artísticas de particulares en favor del Estado y la cultura. Por lo general, en otros climas, el coleccionista se siente avaro de sus riquezas y éstas pasan, como la totalidad de sus bienes, a sus descendientes, que no todos, a través del tiempo y las dificultades, saben conservarlas. Así, frecuentemente tenemos noticia de tesoros artísticos diseminados o perdidos, que pasan de las grandes residencias a las subastas famosas o que, puestos a conservarlas por los herederos, en algún castillo o lugar retirado, no rinden ningún beneficio a la cultura de la patria. Cada vez se hacía más difícil el engrandecimiento e inexpugnabilidad de las joyas artísticas hacia el fin de siglo, cuando detrás del riente y esperanzador progreso, empezaba a dibujarse un porvenir sombrío y asomaban las uñas las agitaciones sociales y económicas del siglo XX.

Es una nobilísima cualidad del prócer, del hidalgo español, su proverbial desprendimiento. Esta cualidad, por fortuna, se da en nuestra tierra con frecuencia ejemplar y no es un caso aislado el

que una gran colección haya sido legada al Estado. En esta ocasión, al tratarse del Museo Cerralbo, una de las deslumbradoras joyas con las que Madrid se adorna ante la curiosidad y admiración del viajero, esa cualidad admirable de la generosidad de un hombre necesitaba emparejarse con una actitud del Estado digna de recibir ese don, apreciando el gesto, aprovechando aquellos tesoros en favor de la investigación y de la cultura, motivo para el que le fueron legados, llevando a cabo precisamente las ideas que no pudiera realizar el fundador y engrandeciéndolas, al mismo tiempo que ordenándolas, conforme a los modernos sistemas, para tener en todo momento, con la gran herencia recibida, el dispositivo necesario para su conservación, estudio y difusión, como instrumental maravilloso para las actuales y futuras generaciones que deseen trabajar en tantos y tan variados aspectos de la Historia, de la Arqueología y del Arte.

Hemos visitado y conocemos el funcionamiento de muchos museos europeos que cuentan con medios, facilidades y funcionarios desde mucho tiempo atrás. Acoger amorosamente un patrimonio tan extraordinario como el que dejó el marqués de Cerralbo y disponer del mecanismo eficiente para desarrollar en todos sus aspectos las tareas que ello ocasionaba, poniéndolo en poco tiempo en perfecto funcionamiento, es labor que requería dos únicos motores: cerebro y corazón.

Conforta pensar que España los tiene para cosas tan espirituales como ésta y más en épocas difíciles y positivistas del mundo, cuando tantos artefactos sin alma, tantos cabildeos interminables y tanto armamento para la destrucción, alejan a las naciones de toda realización intelectual y artística, que queda relegada a un plano secundario.

La obra realizada

Una de estas mañanas de la primavera madrileña hemos girado una visita al Museo Cerralbo, a las horas en que está abierto al público. Algunos visitantes, la mayor parte extranjeros, recorren

las salas, con la sorpresa retratada en el rostro al encontrarse ante tales y tan bien dispuestas maravillas. Sorpresa, porque todavía no se ha hecho sino la propaganda indispensable del museo, y, aun para los de dentro, el nombre de Cerralbo es más conocido como definidor de una aristocracia madrileña del ambiente de un siglo de refinamiento, que como descriptivo de sus propios tesoros.

Después de subir la hermosísima escalera principal con su famosa balaustrada dorada que perteneció a las Salesas Reales, sus ricos reposteros y mármoles, bustos romanos y jarrones monumentales y cruzar las fastuosas y grandes salas del piso principal, pedimos ser recibimos por la directora del museo, doctora Consuelo Sanz Pastor, que nos acoge amablemente y contesta a nuestras preguntas. De esta manera tendrá el lector una impresión concreta de lo que se ha hecho, antes de acompañarnos en nuestro recorrido a través de salones y galerías que forzosamente habremos de reseñar muy sucintamente.

—¿Cuándo se construyó el edificio del museo?

—Este palacio fué construído en 1886 por el XVII Marqués de Cerralbo. De los planos fué autor Cabello y Lapiedra, bajo la dirección del propietario, que trasladó aquí las magníficas colecciones que en aquella fecha ya tenía en su casa.

—¿Dónde vivía anteriormente?

—En la calle de Pizarro.

—Y este nuevo edificio, ya instaladas en él sus joyas artísticas, ¿es el que legó al Estado?

—Sí, pero verá usted. La propiedad del solar, del inmueble, pertenecía en partes iguales a sus dos hijos políticos. Las obras se terminaron hacia el fin de siglo, y el marqués habitó el palacio. Andando el tiempo, pensó, y fué haciéndose a la idea, de legar todo cuanto poseía al Estado, a lo que le movía su amor a la cultura y su acrisolado patriotismo, y es entonces cuando gestionó la compra de la totalidad de la casa, tropezando con la dificultad de que uno de sus hijos políticos, por haber fallecido en el intervalo, había dejado su parte a una fundación benéfico-docente.

—¿Qué parte del palacio ocupaba el marqués de Cerralbo y era de su propiedad?

—El piso principal, el segundo y el tercero, la portería y la gran escalera. Esto es lo que dejó, en lo que a la vivienda se refiere, al Estado.

—¿Y qué parte era la otra, vendida?

—La planta baja, el sótano y el jardín. Esto es lo que interesaba a toda costa recuperar para la unidad y necesidad del museo, lo que quiso hacer en vida y no pudo el XVII marqués de Cerralbo y lo que ha hecho el Estado español.

—¿Cómo y cuándo lo llevó a efecto?

—En 1944, merced al apoyo decidido del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, y el esfuerzo del Patronato. Este, se dirigió a la Entidad propietaria de aquella parte, que lo era la Asociación de la Santísima Trinidad y María Inmaculada. Por fortuna, hubo manera de realizar la operación.

—¿Se tuvo que realizar alguna obra importante para la instalación definitiva?

—Sí, importantísima. Obras de restauración y adaptación. En el aspecto primero, hubo que rehacer pavimentos enteros, empapelados, que se imitaron al temple, vigas que estaban perdidas por la acción devastadora del tiempo, todo bajo la dirección arquitectónica de don Guillermo Diz Flores; en lo segundo, o sea en la adaptación, se suprimió el llamado «piso intermedio», suprimiendo escaleras, pasadizos, rincones y cuartos para la servidumbre y logrando una galería y un corredor nuevos, para pinturas y dibujos. En una palabra, se suprimió lo que tenía de casa particular, con sus lugares angostos y se obtuvo el mismo rasante que las otras partes del piso, lográndose una gran amplitud.

—¿El museo, aparte de todo esto, tiene consignación oficial para su sostenimiento?

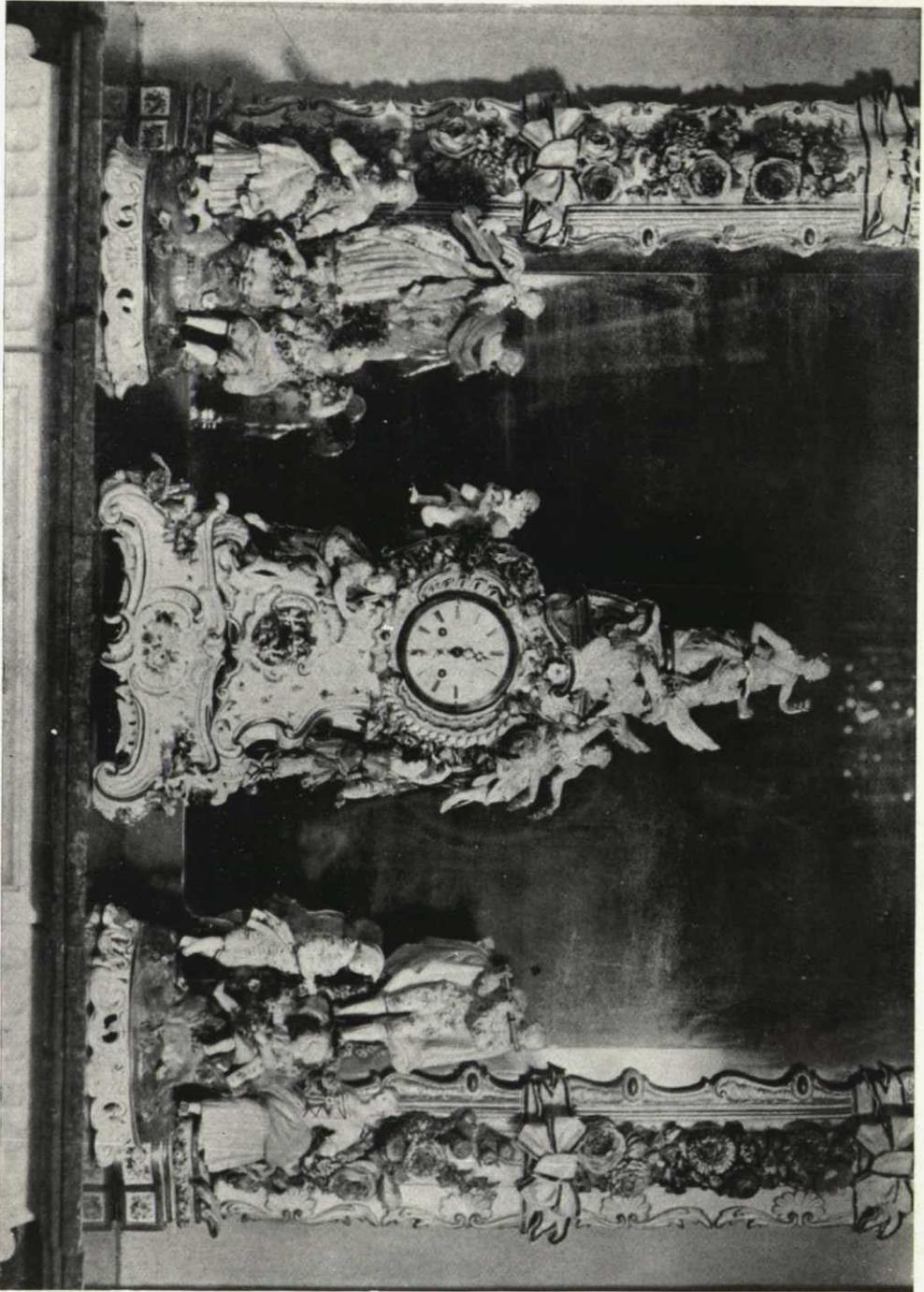
—Sí.

—¿Cuánto?

—Cien mil pesetas anuales. A todas luces insuficiente para el



Museo Cerralbo.—Escalera principal del palacio.



Museo Cerralbo.—Colección de porcelanas: Reloj y figuras de Sajonia.

rango de la Obra y lo que queda por hacer. Sin embargo, se administran con cuenta gotas, para poder atender a todo.

—¿Personal?

—El indispensable. Un secretario-administrador, dos conserjes, un portero, dos empleados más y las mujeres de la limpieza.

—¿Y no existe también cierta consignación para sostenimiento de la Obra, parte de la testamentaría del marqués?

—Sí, pero hoy es una cantidad muy exigua, que casi no merece la pena. La cuarta parte o menos que el Estado.

Consuelo Sanz Pastor, doctora en Historia, personalidad a la vez antigua y moderna, que a su cultura, conocimientos y gran espíritu, une un sentido de la vida completamente actual, al mismo tiempo también mundana y deportista, muy estimada en los medios literarios y universitarios de Madrid, ha sido sorprendida por nosotros en su mesa de trabajo, rodeada de libros, papeles, pruebas, fotografías...

—¿En qué trabaja ahora?

—Primeramente, en la catalogación. Es una labor de bastantes años. Imagínese que tantos tesoros y algunos tan minúsculos y otros almacenados desde hacía mucho tiempo, estaban sin registrar. Sólo existía un inventario de herederos del año 22.

—¿Qué clase de catalogación realiza?

—Fichero fotográfico, Catálogo general y Catálogo sistemático. Tres cosas fundamentales para la debida ordenación del legado.

Solicitamos modelos de fichas, y Consuelo Sanz Pastor nos las muestra. En cada una de ellas, con precisión científica, se fija la referencia, detalles, dimensiones de cada objeto. Hay muchos cientos de fichas terminadas que forman una especie de muralla sobre las mesas. El museo adquiere ahora verdadera importancia intelectual al estar en marcha hacia el objetivo para el que fué creado: «Servir de estudio a los aficionados a la Ciencia y el Arte.»

Hemos hablado de las pruebas de un libro con sus grabados preparados. Es para un folleto que editará la Dirección General



de Propaganda, sobre el museo y que será de gran utilidad para los visitantes.

Contemplamos las vitrinas donde se exponen las monedas.

—¿Cuántas hay?

—Unas quinientas. Pero se guardan cerca de treinta mil... La riqueza aquí acumulada, ya le dije, que es muy grande. Sólo en un barqueño aparecieron tres mil piezas. Hay una gran parte que todavía no puede ser exhibida.

La directora del museo nos acompaña en nuestro recorrido por las salas. Y hablamos del hombre y de su vida.

Cerralbo, el hombre y el coleccionista

Una interesante fotografía nos muestra don Enrique de Aguilera y Gamboa, dos veces Grande de España, marqués de Cerralbo, de Almarza y de Campofuerte; conde de Alcudia, Foncalada y Villalobos, de pie, junto a la chimenea del salón de estar, en una actitud severa y recogida.

Nació en Madrid en 1845, y murió, también en la Corte, en 1922.

En su juventud tomó parte en la política, como carlista, siendo diputado y senador por derecho propio.

Escritor, poeta, conferenciante y arqueólogo. Su mejor obra: *El Alto Jalón*, estudio geográfico e histórico de esta región. Dedicó parte de su fortuna a las excavaciones arqueológicas, especialmente las de Torralba (Soria). Un dato curioso: La última carta autógrafa de Menéndez y Pelayo es felicitándole por el premio Martorell.

«Toda mi vida me he ocupado —dijo en su testamento— en coleccionar objetos de arte, arqueológicos y de curiosidad.»

Casado con doña Inocencia Serrano, los marqueses de Cerralbo celebraron en este mismo palacio selectísimas e históricas reuniones y almuerzos. Tenían lugar éstos una vez por semana. Era fama que el marqués de Cerralbo obsequiaba a sus invitados con platos

españoles, y el culto a las Artes y las Letras, se alternaba con el gusto por el cocido madrileño y el arroz con leche...

Tal era el hombre cuyo recuerdo sale al paso a través de todos los salones de esta casa, especialmente en la biblioteca, en el comedor de diario, en el gran salón de baile, en cuya pintura del techo aparece retratado por el gran artista Juderías, vestido con un frac rojo.

El Museo un día cualquiera

En la planta baja están la sacristía y la capilla.

En la sacristía se admiran los grandes armarios que guardan ornamentos, marfiles, tallas miniaturas. Imágenes de marfil, pendones —como el de las Navas— conquistado por Alfonso VIII, trípticos flamencos, cálices del siglo XVI... La sacristía, propiamente dicha, es una cámara severa, tapizada de damasco, donde los cuadros primitivos resaltan bellamente. Cuadros italianos y españoles.

En la capilla está el famoso Greco «San Francisco con el lego», uno de los cuadros fundamentales del museo. Con tonos grises y pardos, el genial pintor trazó, con audacia maravillosa, los dos personajes, contrastando la actitud de iluminado del santo con la postura —en opuesta forma de adoración— del lego que está pintado de espaldas y sentado en el suelo, elevando su mano derecha al firmamento mientras con la izquierda se apoya en el suelo.

Después, están las habitaciones particulares de la familia Cerralbo: despacho de verano, salón amarillo, la saleta rosa, encantadora habitación dedicada a la pintura francesa con muebles del XVIII; el dormitorio, de sobrio estilo español; el comedor de diario, confortable, acogedor, cordial, con su gran mesa, reloj inglés y gran chimenea, que podría ser un ejemplo de cómo se debe vivir para los que quisieran y pudieran retroceder a una época de buen vivir, de amenas tertulias y de ingeniosa conversación; el salón de música, donde se destaca un retrato del XVI marqués de Cerralbo, por Vicente López. En esta misma

planta las galerías de dibujos y pinturas: Vasari, Valdés Leal, Van Loo, Goya, Tiépolo, Veronés, Lorena, Mengs, Guido Reni, Ribalta, Tristán, Tiziano, Tintoretto. Del Tiziano merece citarse el retrato de la esposa del Gran Duque de Alba, de exquisita composición y tonos claros.

En esta misma planta, la segunda y tercera galería de pinturas, con relojes antiguos y las firmas de Vicente López —retrato de Fernando VII—, Mengs, Zurbarán, Alonso Cano, Veronés...

En la planta principal, empezamos por la Gran Armería, donde se admira la magnífica colección de armaduras, que con fondos de tapices, vitrinas y el resto de los salones, también dedicados a esta colección, constituyen un magnífico espectáculo. Tapices belgas, flamencos, panoplias, estribos cincelados y repujados de Italia, celadas, sillas de manos. Más allá, la sección etnográfica y de objetos exóticos: armaduras japonesas, sillas y sillones orientales, lámparas, como la grande de Mezquita, que está suspendida del techo. Y todo ello decorado con cuadros, dibujos de Rubéns, Ribera, bustos y estatuas. Todavía más allá, la colección de armas, espadas, estoques, dagas, estiletes, puñales, arcabuces, escopetas, pistolas...

Nos hallamos, retrocediendo otra vez al primer salón de la armería, en la primera sala de este piso, donde se admiran suntuosos muebles, broncees chinos y estatuillas griegas. Dos soberbios bargueños del siglo XVII y su gran juego de candelabros. Allí es donde está el Crucifijo de Tristán, un Carreño y un Esquivel, el retrato del Gran Almirante Andrea Doria, quien después de estar al servicio de Francia, pasó al de Carlos V, realizando sus famosas expediciones a Túnez y Argel, y siendo uno de los más ilustres marinos de la Historia. Un giordano; un «Salvador», de Ribalta, y otros lienzos estimadísimos.

En la segunda sala o «vestuario», llamada así por un gran armario de tres cuerpos Luis XV que preside aquélla, vemos una gran chimenea francesa de mármol negro, con reloj y candelabros franceses, y una gran mesa central. Aquí está la colección de «espachines de Corte».

En la tercera sala, o de las porcelanas, empieza una de las riquezas más notorias y conocidas de la casa Cerralbo: las porcelanas más preciadas, tantas veces reproducidas en libros y estampas; grupos de Sajonia, representando «La música» y «El baile»; grandes espejos con marcos también de Sajonia, figuras y piezas de Alcora, Sèvres y del Retiro; tazas, platos y jarras de La Granja. Las piezas más importantes que saltan a la vista son el «Sátiro y la bacante», de porcelana francesa, y un antiguo reloj de Sajonia con figuras.

Todo este museo —instalado como debe estar un museo particular, en su propio palacio— posee el encanto de las cosas vividas, no tiene esa frialdad de las colecciones que caen sobre el espectador, confundiénzole y anonadánzole, sino que aquí las colecciones y las piezas famosas están enmarcadas en las suntuosas habitaciones que revelan la verdadera alcurnia española.

El comedor de gala, explica mejor que ninguna otra esta magnificencia y este gusto por las reuniones y las fiestas que hicieron famosa la generosidad de sus dueños. Grandes reposteros, mobiliario de nogal, porcelanas del Retiro, la magnífica mesa de caoba, alrededor de la cual se sentaban hasta cuarenta personas, bajo una profusa y ordenada iluminación... Aquí los cuadros están en armonía con el destino de la estancia: flores, «bodegones» y animales por grandes pintores flamencos y españoles.

Junto al comedor, el billar, con su inmensa mesa, estilo Luis XV, que perteneció al Rey Fernando VII. Asientos corridos y reposteros, cuadros como el del Duque de Alba, por Mengs; Zurbarán, Veronés, «La mujer de Bragadino» (guerrero muerto en la defensa de Chipre), que, para nosotros, es uno de los retratos más singulares de la Pinacoteca; el boceto que sirvió a Velázquez para su «Retrato ecuestre de Felipe IV», del Museo del Prado.

Después de la sala —rotonda, con nuevas porcelanas y figuras de Sajonia—, se pasa al despacho de honor, que es donde está retratado el marqués de Cerralbo en la fotografía que reproducimos en este mismo número. Dos grandes y sólidas columnas

jónicas sostienen la monumental chimenea, en la que campean las armas de los Aguileras. Paredes tapizadas de brocatel carmín y amarillo, zócalos de nogal tallado que tanto enriquecen bibliotecas y despachos. Todo está aquí prodigiosamente variado y encajado, y una mesa Luis XV va bien, no lejos de un sitial gótico, porque aquí, en pleno delirio del gusto por las cosas de todas las épocas y de todos los países, no hubiera sido posible la ley monótona de ceñirse a un solo estilo.

Después, la biblioteca, con sus grandes estanterías encristaladas, de nogal, que contiene siete mil volúmenes de las materias mencionadas: Arte, Arqueología e Historia. Un biblioteca de especialidades.

Imposible detenernos en describir las galerías de esta planta, que contienen —aquí más museo que casa particular— toda suerte de muebles, arcones, consolas, cuadros, lámparas y estatuas. Aquí está representado el Imperio, el estilo francés del XVIII. Tan pronto nos llama la llamarada del Greco, como una «Anunciación», de Alonso Cano. Y luego, cuando se han visto tantas cosas bellas, hay que dedicar atención a las vitrinas con insignias, estatuas y medallas, minaturas, joyas donde si la curiosidad del aficionado se prende horas enteras, la admiración de las mujeres se enreda también en aderezos, sortijas, broches...

Terminamos nuestra visita que, por esta vez y con el objeto de este artículo, no profundiza más en otras estancias, galerías y recovecos del palacio con la impresión que nos produce el salón de baile, con sus bóvedas de gran altura, paredes de suntuosos y riquísimos mármoles, espejos, arañas y apliques en gran profusión. Cariátides y ángeles sostienen nuevos candelabros. Las estatuas y bustos romanos, en ricos pedestales, dan guardia de honor a este gran salón, que nuestra imaginación llena en seguida, figurándonos bajo los frescos de los techos, con grupos y figuras alegóricas, la belleza de las damas y los uniformes de los caballeros danzando al son de las orquestas en una de aquellas fiestas que hicieron famosa la magnificencia de los marqueses de Cerralbo.

Este salón de baile nos habla de épocas que hoy parecen lejanas y que no lo son tanto. Nos vamos con la impresión de un mundo maravilloso que pasó, aunque en este caso, nos queda el consuelo —que no siempre existe— de verlo tal como fué en su propio ambiente. He aquí un material precioso para historiadores, novelistas, artistas de todo género, especialistas, aficionados, poetas. Ahora que la voluntad de un hombre y la del Estado dieron sus frutos, hay que esperar que los dé la investigación.

